

Javier Peña

Agnes

UNA NOVELA



Le ha sucedido a Agnes, pero podría sucederle a cualquiera.

Cuando en una cena de empresa y tras varios *gin-tonics* discute con el nuevo propietario de la revista donde trabaja, este le propone un trato: le pagará el sueldo de dos años si consigue escribir la biografía de Luis Foret, el escritor del momento. Un escritor a quien nadie ha visto en persona, de quien solo se conocen sus astronómicas cifras de ventas, y que acaba de anunciar su retirada del mundo de las letras. Hasta entonces, Agnes queda fulminantemente despedida.

La vida de Foret, comprende Agnes conforme avanzan sus entrevistas vía *email*, parece entretejida a base de coincidencias. Macabras casualidades de las que él sale ileso, pero no las mujeres que se cruzan en su camino.

Le está sucediendo a Agnes, y ahora tiene que sentarse a escribir como antes les ha sucedido a muchísimas otras. Ninguna supo que se estaba metiendo en la boca del lobo. Ninguna lo vio venir, excepto ella.

A Ana.

0

Agnes

Prefacio a cargo de Luis Foret

Agnes: no llega a los treinta años. Metro sesenta y cinco, cabello crespo, ojos verdes. Omóplatos fuertes, caderas anchas, tobillos desdibujados. Entra en comisaría a las 10:57 p.m. con un hematoma en la frente y una herida en el extremo externo del ojo izquierdo.

El agente Bascoy acostumbra a tomar nota de todos los detalles que suceden en su turno, pero admite que tomaría nota de Agnes aunque no estuviera de guardia porque, a su juicio, no está exenta de atractivo.

A pesar del golpe frontal, la lesión en la ceja, los ojos vidriosos, el atuendo estrafalario.

A pesar de que sus dedos desprenden cierto aroma a pomada para las hemorroides.

A pesar de que su aliento huele a alcohol a la legua.

El agente Bascoy apunta en sus notas: «Probablemente *whisky* de malta». Lo apunta aun a sabiendas de que «probablemente» es enemigo del rigor. «Probablemente» puede ser la vía de escape para un culpable. ¿No es cierto que usted escribió «probablemente» en sus notas preliminares?, preguntaría el abogado defensor. ¿No es menos cierto, pues, que usted albergaba dudas razonables sobre mi defendida? Y él no podría mentir. Él no.

Tacha «probablemente», deja «*whisky* de malta».

Al agente Bascoy le gusta experimentar con los olores. Se enjuaga la boca con diversos licores que después escupe; se echa el aliento en la mano y la olfatea; se considera a sí mismo capaz de distinguirlos; se dice que algún día esto podrá ayudarle con algún caso. Quizá con Agnes. Aunque no hay caso con Agnes. No hay informe oficial. Solo las notas del agente Bascoy.

Hace cuatro años que el agente Bascoy superó la fase de formación en la academia de policía. Tras cuarenta y cinco meses anodinos en una comisaría de pueblo –y un pequeño empujón familiar que no viene a cuento–, consiguió recientemente el traslado a Santiago. Su padre, orgulloso, le escribió una carta la semana pasada en la que tildaba de meteórica su carrera.

Agnes espera a que el agente Bascoy anote revelando cierta impaciencia. Bajo un abrigo largo beis, desabrochado, luce un vestido ceñido de raso negro con transparencias, medias de rejilla negras, zapatos con diez centímetros de tacón. Abertura del vestido en ambas piernas. Escote excesivo. El agente Bascoy apunta: «No se debe descartar completamente la prostitución».

Luego tacha «completamente». ¡Malditos adverbios!

Agnes porta en la mano una prenda de lencería femenina. El agente Bascoy duda si escribir «lencería» o «ropa interior». Lo cierto es que la prenda es poco excitante. Es de algodón blanco y está usada. El agente Bascoy no quiere decir que esté sucia, pues no lo parece. Quiere decir usada: gastada. Si el agente Bascoy quisiera decir «sucia», diría «sucia» y no «usada».

A ojos vistas, la prenda es demasiado grande para ella. Aun considerando su problema de caderas. Aquí, en las notas del agente Bascoy, se ve tachada la palabra «problema» y escrito «anchura» por encima.

El agente Bascoy levanta al fin la cabeza y pregunta si puede ayudarla en algo.

Agnes farfulla.

–Las bragas... las bragas... pueden haber servido para un crimen.

El agente Bascoy le pregunta si esa prenda de ropa interior –elude la palabra *bragas*– le pertenece.

Agnes niega con la cabeza.

–Entonces, ¿qué hace en sus manos?

–Él me las envió.

El agente Bascoy se congratula, el interrogatorio le conduce pronto por el camino adecuado.

–Ajá. ¿Quién es él? Empecemos por ahí. Dígame el nombre de la persona que le envió la prenda.

–No lo sé.

–Ajá. No lo sabe.

–Nadie lo sabe. Quien lo sabe ha muerto. O ha firmado un contrato de confidencialidad.

–¿Usted no ha firmado un contrato de confidencialidad?

–No.

–Entonces mejor que no lo sepa.

El agente Bascoy sonrío. Intenta caerle simpático con un comentario que calificaría como cercano.

El silencio de Agnes denota que *fallido* es un adjetivo más apropiado.

–¿Tiene esto algo que ver con ese golpe en la frente?

–pregunta él reanudando el interrogatorio.

–No... –vacila ella.

–¿Cómo se produjo ese hematoma, entonces?

–Un accidente... doméstico.

–¿Doméstico, eh?

Agnes asiente con un gesto.

–¿Y esa tumefacción junto a la ceja?

–¿De verdad le parece importante?

–No lo sé, dígamelo usted.

Agnes chasquea la lengua entre los dientes.

El agente Bascoy toma nota.

–¿Cómo llegó hasta usted esa... prenda? –prosigue el cuestionario.

–Por correo.

–Entonces tendrá un remite o algo.

–Sí, Luis Foret.

–Ajá. Luis Foret.

El agente Bascoy apunta el nombre.

–¿No le suena? –dice ella.

–¿Debería?

–Es un escritor famoso.

–¿Escribe novela negra?

–No.

–¡Ah! Yo es que de libros... Solo novela negra.

Al agente Bascoy siempre le ha dado reparo reconocer su ignorancia sobre cualquier asunto. Se dice a sí mismo que debe ponerse al día en otro tipo de novelas.

–Se ha retirado hace poco. Salió en todas las televisiones.

–Tampoco veo mucho la televisión, ¿sabe?

Agnes vuelve a recurrir al silencio; echa una ojeada alrededor como si buscara otro interlocutor; la comisaría está vacía, a oscuras, excepto por el agente Bascoy, que se apoya en un atril bajo una lámpara de tubos amarillos. En el atril hay pegado un folio de impresora donde pone RENOVACIONES DNI y una flecha: ←

–Entonces, ¿quién es Luis Foret? –pregunta él.

–La persona que me envió las bragas.

Al agente Bascoy la chica empieza a ponerle un poco nervioso.

–Pero usted me ha dicho que desconocía su nombre.

–Luis Foret no es un nombre, es un pseudónimo.

–Ajá, un pseudónimo. ¿Y por qué lo usa?

–Es una larga historia.

–Tengo toda la noche.

–Yo no –dice Agnes.

El agente Bascoy da golpecitos alternos en el suelo con los pies como hace siempre que está inquieto.

–¿Y cómo me decía que era su nombre? –pregunta a continuación.

–¿El mío?

–Sí, el suyo.

–Aún no se lo he dicho.

–Ya, por eso, dígamelo, por favor.

–Como me preguntaba que cómo decía que era mi nombre...

–Es un decir. Una forma de hablar.

–Agnes.

–¿Agnes qué más?

–Agnes Romaní.

Al agente Bascoy el nombre le parece inhabitual. ¿Inventado? Es posible.

–De acuerdo, Agnes Romaní, ¿qué relación le une con ese tal Luis... –echa un ojo a sus notas– Foret?

–Soy su biógrafa.

–¿Biógrafa?

El agente Bascoy frunce el ceño, agita los pies cada vez más rápido. Es consciente de que cuando lo hace los hombros le bailan. Se atusa el uniforme azul marino. El parche reglamentario se está descosiendo. Su madre no es una gran costurera.

–Sí, biógrafa. ¿Sabe lo que es?

(¡Eh, Agnes Romaní, no es necesario ofender!).

–Evidentemente, señorita, evidentemente –responde el agente Bascoy dejando patente su irritación.

Agnes agita un poco las bragas como queriendo decirle que se centre en lo verdaderamente importante.

–Así que me está diciendo que usted es la biógrafa de Luis... –Vuelve a mirar sus notas.

Agnes pone los ojos en blanco.

–... Foret –prosigue–. Pero desconoce su verdadero nombre.

–Así es.

–¿Y tiene usted muy avanzada su biografía?

–Casi finalizada.

–Curioso.

El agente Bascoy intenta recordar las biografías que ha leído. No demasiadas; de todas ellas la parte más reconocible, la más fácil de memorizar, es el nombre del biografiado.

–¿Puede describir físicamente al señor Foret?

–No.

–Ajá. ¿Y eso por...?

–Porque nunca lo he visto.

–Pero sospecha de él.

–No lo sé.

El agente Bascoy mueve el bolígrafo pero cuando mira el papel se da cuenta de que ahora no escribe más que rayas, sus trazos ya no forman letras.

–Ajá. No lo sabe. Y, dígame, ¿sabe el nombre de la persona a la que pertenece esa prenda de ropa interior?

–No lo sé.

–Ajá. No lo sabe. ¿Pero sabe si esa persona se encuentra en buen estado de salud?

–Puede estar muerta.

–¿Puede?

–No lo sé.

–Ajá. No lo sabe.

–No.

–Sabe que puede estar muerta pero no su nombre.

–¿Urgulanila?

–Urgu... Discúlpeme, ¿cómo se escribe?

–Creo que esto ha sido un error.

Agnes gira sobre sus gruesos tobillos.

–Espere, un momento, esta Urgu... ¿Esta señorita es conocida suya?

–Nunca la he visto.

–Pero sabe que ha desaparecido.

–No lo sé.

–Ajá. No lo sabe. Y el suceso que usted viene a denunciar, ¿cuándo se produjo?

–Hace siete años.

–Señorita, permítame que le pregunte: ¿ha estado bebiendo? ¿Tal vez *whisky* de malta?

El agente Bascoy lo pregunta no sin cierto orgullo.

–Tengo que irme.

–Señorita –le grita antes de que salga–, ¿no cree que su atuendo es... es... inadecuado para una noche tan fresca como esta?

–Vengo de clases de tango.

–Ajá. Así que fue a clases de tango antes de venir a denunciar lo que sea que haya venido a denunciar.

–Mire, déjelo.

–Señorita...

Agnes apura el paso hacia la puerta; de espaldas, antes de marcharse, le dedica una peineta al agente Bascoy.

Él no sabe muy bien cómo actuar. No puede ordenarle que se quede ni arrestarla. Beber *whisky* o pasearse con transparencias y una prenda de ropa interior en la mano no está tipificado como delito. Tampoco contar historias raras.

El agente Bascoy ve desaparecer las caderas de Agnes al otro lado de la puerta automática.

Solo entonces se da cuenta de que se ha dejado la prenda de lencería sobre el atril. ¿Qué puede hacer con ella? La sujeta con la mano y constata lo que le había parecido: está ajada, especialmente rugosa en la parte del trasero a causa del roce con unos pantalones. La estira, es enorme.

El agente Bascoy apunta en su cuaderno: «Las bragas de Polifemo». Luego tacha «bragas» y escribe por encima «ropa interior». Después tacha «Polifemo». La inventiva no es el trabajo de un policía nacional. Guarda en su cajón las notas y la prenda de algodón.

Dos semanas más tarde su jefe, buscando un archivo, encontrará las bragas en el cajón del agente Bascoy, lo cual le acarreará no pocos problemas y afectará a su meteórica carrera. Pero esa historia ya nada tiene que ver con la chica ni con Luis Foret. En lo que respecta a la chica, lo único que ha hecho el agente Bascoy ha sido tomar notas en su cuaderno.

Eso hacemos la mayoría. Hasta los más rigurosos. Apuntamos en un cuaderno, apuntamos en el bloc de notas del móvil, apuntamos mentalmente. Reflexionamos sobre lo que pudimos haber hecho y no hicimos, sobre lo que hicimos y pudimos no haber hecho. Luego lo dejamos pasar. Simplemente dejamos que suceda, que el mundo siga su curso.

A menudo lo que la vida tiene para ofrecernos se reduce a una colaboración en nuestra propia biografía.

El hombre que sería Luis Foret

(Una biografía)

POR AGNES ROMANÍ
(CON LA COLABORACIÓN DE LUIS FORET)

1

El relato de Shahriar

Hydra (Grecia), junio de 2011

Las verdaderas historias no suceden en orden cronológico, esa fue una de las primeras cosas que me dijo Luis Foret cuando me encargó escribir su biografía. Una vida es un mosaico hecho con un puñado de fragmentos, no un millón de teselas como aquel de Pompeya, dijo, sino tan solo nueve o diez: esa es la dificultad para una biógrafa, dar sentido a un dibujo con diez teselas sin que parezca un garabato infantil. Tendrás que saltar hacia adelante y hacia atrás, dijo, y luego volver a saltar, solo así hallarás el significado del conjunto, como un cuadro, no como una melodía. Luego añadió: si yo escribiese la historia de Luis Foret, colocaría como primera tesela una imagen del golfo Sarónico un año antes de que existiese un hombre llamado Luis Foret.

Un músico con bigote y camisa blanca de lino toca el buzuki en el puerto de Hydra sentado en un bolardo de amarre plano como la cabeza de una serpiente. El sol cuelga sobre el Peloponeso negándose a iniciar el descenso e ilumina un día eterno. Shahriar canta al compás de las notas sincopadas, altivas y discretas como las mujeres griegas:

–Ena dio kai tria kai tessera...

El hombre que sería Luis Foret no puede dejar de admirar la facilidad de Shahriar con los idiomas. A decir verdad, en esa soleada tarde de junio, no puede dejar de admirar a Shahriar. Con el paso de los años, afirma, si le hicieran elegir una tarde, solo una, en la que sintiera eso que se suele llamar felicidad, elegiría las primeras horas de aquella tarde.

Aunque es cierto que el paso de los años tiende a confundirlo todo.

—Es muy fácil —explica ella leyéndole el pensamiento—: uno, dos y tres y cuatro, *ena, dio, tria, tessera*, hasta tú eres capaz de aprender eso en griego.

Le gusta verla sonreír a golpes de buzuki, con los brazos descubiertos, los poros diminutos abiertos al sol. Su sonrisa dibuja un futuro halagüeño; en sus ojos persiste un poso de tristeza. Ha pasado los dos últimos días encerrada en el hotel por culpa de una gastroenteritis. O eso creen aún en esa soleada tarde de junio.

—Así que esta es la luz de Grecia —dice estirándose en la silla como una niña perezosa.

Una pequeña embarcación de recreo se aproxima al puerto dejando una estela en el agua. El barco se llama Calipso, como la amante con la que Ulises se entretuvo mientras Penélope aguardaba su regreso. Una mujer se asoma en la cubierta de Calipso y silba al hombre del buzuki metiéndose dos dedos en la boca.

—Creo que me quedo con la luz antes que con la Acrópolis —dice Shahriar sorbiendo té helado por una pajita—. Si tuvieras que escoger una cosa de Grecia, ¿con qué te quedarías tú?

La mujer amarra un cabo donde antes estaba el músico, que se aleja sin dejar de tocar su instrumento y sonrío a Shahriar. Ella se despide con un gesto de la mano. Un hombre nórdico sale de la carlinga con una silla de bebé. La mujer coge de dentro a un niño que balancea el cuello como si, agarrado apenas por un clavo, se fuera a des-

montar. De un salto, madre e hijo abandonan el barco y ponen pie en el muelle.

–¿A quién se le ocurre? –dice el hombre que sería Luis Foret–. Traer a un niño tan pequeño en ese barco.

–Calla, pesado –dice Shahriar sin dejar de sonreír–, es maravilloso. ¡Cómo me gustaría ser ese niño! ¿No te habría gustado que tus padres te trajeran a Grecia? Los niños de ahora tienen suerte. Para ellos el mundo es un lugar muy pequeño.

–¿Y eso es una suerte?

–¡Claro que sí! Yo solo quiero ver el mundo. Pero ya soy tan mayor...

Luego lo mira durante unos segundos y se echa a reír haciendo burbujas con la pajita en el té. En esa soleada tarde de junio Shahriar no supera los veinticinco años.

–¿Podemos volver al hotel en burro? –pregunta como la niña que pide permiso al adulto.

En Hydra no circulan vehículos a motor. Por la isla solo puedes desplazarte a pie, en burro o en barco. En la pinza de la herradura que forma el puerto, una hilera de asnos con jaeces de colores espera a los turistas para ascender a los hoteles de las colinas.

–¿Ya quieres volver al hotel?

–¡Nooo! –dice estirando la o–. Quiero ver el sol, quiero verlo hasta que se ponga.

En la mesa de al lado unas chicas juegan al *tavli*, el *backgammon* griego; capturan fichas a gran velocidad golpeando con las suyas el tablero de madera. Cuando se han ido los excursionistas, Hydra es un remanso de paz; solo las partidas de *tavli* y las notas de buzuki desafían la parsimonia.

–Pero podemos volver en burro –insiste Shahriar.

Él hace un gesto de indiferencia con los hombros.

Por el horizonte azul se aproxima a saltos una araña gigante que enturbia la tranquilidad. Es un Delfín Volador, un aerodeslizador que une Hydra y el Pireo en menos de